

Xosé A. Neira Cruz

Escritor y profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre los años 2000 y 2004 formó parte del comité ejecutivo de IBBY. De 2002 a 2004 fue presidente del jurado internacional del premio IBBY Asahi Reading Promotion. Es director del área infantil y juvenil de Editorial Galaxia y director de la revista de IJ *Fadamorgana*. Ha sido nombrado comisario del 32º Congreso Internacional de IBBY, que tendrá lugar en Santiago de Compostela en 2010

Contar el mundo

Entre la página en blanco y el escritor media una tradición. Entre la página impresa y el escritor ha habido un proceso de búsquedas y renunciadas, de reflexión, lecturas y aprendizajes. En pocas ocasiones podemos ser partícipes de ese tramado de experiencias, sentimientos y pensamientos que se desvanecen una vez que la obra ha llegado a las manos del lector. Xosé A. Neira Cruz reúne las cualidades de ser un escritor con voz propia, un lector con asentado criterio y un profesor de notables habilidades expositivas pero, sobre todo, destaca en sensibilidad, inteligencia y agudeza. En Cartas de navegación tenemos la oportunidad de contar con un excelente guía que nos conduce por las arduas y apasionantes rutas de la creación literaria y con la ilustradora Teresa Novoa que, en uno de sus registros menos conocidos y más personales, recoge en grafito las vicisitudes de este viaje.

“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi propio mundo”. En esta frase, concisa y enorme a un tiempo, del filósofo alemán Wittgenstein resume la esencia de lo que los escultores de la palabra persiguen a diario. Intentar plasmar el mundo a través de palabras equivale a recrear el viento en una coreografía, a recoger el atardecer en una pincelada o a congelar eternamente una sonrisa en un trozo de mármol que, de pronto, porque media el arte, deja de ser una simple piedra para convertirse en vida. La vida se condensa en los matices del lenguaje. Cada uno de esos rasgos identifica, connota, define, incluye, excluye, acepta, rechaza. El mundo existe en una página de papel porque somos capaces de contarlo. Porque hay palabras en el aire capaces de atraparlo y porque algunos, más bien pocos, son capaces de atrapar esos significantes y significados para combinarlos de una forma maravillosa que haga que la página de papel deje de ser sólo eso para convertirse en ventana, en fondo marino o en sabana.

“Mi lengua es mi patria. Mis libros nacen de mi forma de contar el mundo. Y yo lo cuento así porque así es como hablo y como hablan los míos. Mi literatura es

mi lengua, la lengua en la que escribo”. Así lo resume la gran narradora brasileña Lygia Bojunga, una de las pocas escritoras de literatura infantil que no le tiene miedo al lenguaje ni teme a los temas. A través de su obra se hace evidente algo que defendemos los que amamos este ámbito de la creación literaria que también pueden leer los más jóvenes: no hay “obritas” ni “novelitas” en función de la extensión de los textos ni de la altura o edad de sus primeros –que no únicos– destinatarios. Al elegir los temas, pero sobre todo al emplear el lenguaje con el que vamos a contar lo que deseamos contar, hacemos realidad el milagro de la literatura: conseguir que el mundo, a través de nuestras obras, sea un poco más grande. Podría ilustrarse esta idea con un poema de otra brasileña universal, Marina Colasanti, autora de algunos de los mejores cuentos de hadas de todos los tiempos. En una obra publicada en 2007, *Minha ilha maravilhosa*, Colasanti describe Taprobana, el trozo de tierra en el que, mejor que en ningún otro lugar del planeta, la vida tiene sentido. El matiz del último verso del poema, con su poso de tristeza, no le quita realidad a la isla soñada. Taprobana, pa-

raíso inexistente, es la metáfora de lo que cada uno de los que escriben y de los que leen ansía encontrar. El pedazo de mundo que los habita y en el que habitar. El lenguaje. Crear mundos de palabras es la responsabilidad del fabulador. Nunca como hoy hemos necesitado y hemos estado tan carentes de palabras que nos salven o que nos den un motivo más para continuar existiendo. Aunque lo que contemos sea fruto de la invención. Contarlo es una manera de hacerlo realidad. Taprobana, pues, existe porque existen las palabras, todas las palabras, también esa nueva: Taprobana, nueve letras para definir una nueva dimensión.

Por lo tanto, quizá haya llegado el momento de reivindicar la necesidad de agitar los lenguajes que llenan de islas nuestros libros. Lo de menos es si todas las palabras son perceptibles o inteligibles al mismo nivel para el destinatario. Dejemos que el azar entre en funcionamiento, que la casualidad haga de las suyas. Apostemos por la inteligencia de los que leen. Abramos puertas a las pequeñas dificultades que ayudan a andar trechos. No pongamos pasos a nivel premeditadamente fáciles, cuando la facilidad no siempre viene al caso. Tampoco soñemos con bóvedas góticas, si lo que corresponde es un techo al ras. Permitamos que un niño se fascine con la incomparable comitiva del emperador (y cito de memoria, seguramente mal, a Teresa Colomer, quien a su vez citaba a un niño lector de Joan Manuel Gisbert), aunque los contenidos exactos de las palabras repetidas por pura magia del lenguaje le resulten arcanos. Del arcano nace casi siempre la sugerencia.

Frente a esta aspiración, sin embargo, es frecuente que escuchemos los consejos de los que se encargan de medir los textos. Es bueno que alguien cumpla esa función. Que alguien lea, pese y mida la dimensión exacta de lo contado. El editor, por ejemplo, tiene la gran responsabilidad de abrir caminos o de delimitar laberintos sin sentido. Y algunos cumplen con esa responsabilidad realmente bien. Pero señalar como callejón lo que ha nacido con vocación de avenida es un error. El error de los que a veces creen que ser pequeño es ser menos. Los mejores libros –no sólo infantiles– son aquellos que nos regalan diferentes lecturas a medida que avanzamos por la vida y ellos avanzan a nuestro lado. Envejecer entendiendo cada año un poco mejor a ese libro que nos acompaña, o hacerlo de una forma un poco diferente a medida que le permitimos hablar desde la profundidad sin fin del lenguaje en el que ha sido tejido, es una de las formas más



Cortesía © Teresa Novoa

preciosas de hacerse y sentirse lector, es decir, ser humano.

Por eso, porque la literatura infantil tiene también esa responsabilidad, algunas de las corrientes imperantes (las que preconizan el imperio de lo fácil, de lo inmediato, de lo accesible a primera vista) están olvidando que la digestión es el momento en el cual un alimento demuestra su verdadera calidad. No confundamos profundidad con complejidad. El mejor libro infantil es, por naturaleza, profundo. Ha nacido para sorprender a los que viven en la sorpresa, pero mantiene también la capacidad de recordar la sorpresa, o de renovarla, a los que tuvieron que abandonar, por imperativo cronológico, los pagos en los que todo era posible.

Porque realmente todo es posible en la literatura, especialmente en la infantil. Y el lenguaje, la forma en que contamos el todo, es fundamental. Renunciar a esa

función es renunciar a la literatura. Los que también leemos literatura infantil sabemos, por eso, que un buen libro es aquel que no tiene ni nunca tendrá edad. Quizás porque alguien, cuando lo soñó, pensó de algún modo en todas las edades que el hombre ha de transitar con ese libro en la mano. De vuelta al editor –figura especialmente querida y respetada por mí–, me vienen a la mente el nombre de dos colecciones, una de Media Vaca y otra de Siruela, que precisamente hacen referencia a ese tránsito por la vida del que lee y vive sin dejar de leer. No es baladí la identificación. Si nos fijamos, aquellas editoriales que apuestan por la ruptura de fronteras establecidas son las que sorprenden. Como lo son los autores y los ilustradores que hacen de su mundo un libro, de su lenguaje un mapa, y de sus historias vidas sin edad de cierre en las que, al final, cabemos todos. ◀